

# Treinta años después: ¿cómo acercarse a Irán?

Karim Sadjadpour

---

**Ni aislamiento, ni enfrentamiento. La única opción es hablar con Irán. ¿Sobre qué? ¿De qué forma? ¿Con quién? Afganistán, Irak, energía, proliferación, conflicto árabe-israelí... EE UU tiene mucho que ganar y poco que perder si cambia su política de las tres últimas décadas.**

---

**E**l hecho de que Irán siga siendo un asunto de seguridad nacional de primer orden demuestra que los esfuerzos realizados por Washington durante décadas para modificar el comportamiento de Teherán aislando al país política y económicamente no han dado sus frutos. Treinta años después de la revolución de 1979, Irán sigue siendo, según el departamento de Estado, el “más activo” protector del terrorismo; se opone radicalmente a la existencia de Israel, sigue haciendo avances en cuanto a sus ambiciones nucleares y reprime a su propia población. Más que cualquier administración estadounidense anterior, la del presidente George W. Bush ha intensificado sus esfuerzos para contrarrestar la influencia regional iraní y debilitar a su gobierno. Sin embargo, la influencia internacional de Irán es hoy mayor que nunca y los partidarios de la línea dura tienen monopolizado el poder en Teherán.

Ahora que la administración de Barack Obama se prepara para asumir el gobierno, el antiguo debate político de Washington sobre si se debe o no “involucrar” a Irán ya no resulta constructivo. Teherán es una parte esencial de varios asuntos de vital importancia para la política exterior de Estados Unidos, concretamente Irak, Afganistán, la paz árabe-israelí, el terrorismo, la proliferación nuclear y la seguridad energética. Rehuir a Irán no va a mejorar ninguno de estos problemas; enfrentarse a él por la vía militar los empeoraría todos, y la opción que nos queda es la de hablar con Teherán. La dificultad, sin embargo, radica en los detalles. ¿Con quién deberíamos hablar en Irán? ¿Sobre qué deberíamos hablar? ¿Y cómo deberíamos hablar?

---

**Karim Sadjadpour** es investigador sobre Irán en el Carnegie Endowment for International Peace.

Hay buenas razones por las que los responsables políticos se han esforzado a menudo por comprender dónde y cómo se ejerce el poder en Teherán. Desde los primeros tiempos de la República Islámica en 1979, el padre de la revolución, el ayatolá Jomeini, procuró diseñar la estructura del poder gubernamental de tal forma que fuese inmune a la influencia extranjera. Esto implicaba la creación de diversos centros de poder cuya rivalidad diese lugar a un equilibrio de poderes que evitase que una sección o una institución individual llegase a ser demasiado poderosa y vulnerable a la influencia extranjera. Las consecuencias han sido una parálisis política habitual, la incapacidad de tomar decisiones importantes y una tendencia a ir saliendo adelante con políticas arraigadas.

### **¿Con quién hablar?**

Mientras que, tres décadas después, sigue siendo difícil discernir cómo se toman las decisiones importantes en Teherán y por qué, puede afirmarse con certeza que el ayatolá Ali Jamenei es el hombre más poderoso de Irán. Puede que él no tome decisiones unilateralmente, pero las decisiones fundamentales no pueden tomarse sin su consentimiento. Como líder supremo, tiene autoridad constitucional sobre los principales poderes estatales: desde la judicatura hasta el ejército y los medios de comunicación. También tiene un control efectivo sobre la segunda institución más poderosa del país, el Consejo de Guardianes, un cuerpo formado por 12 miembros (todos ellos designados por el ayatolá directa o indirectamente) que tiene autoridad para vetar a cualquier candidato electoral y cualquier decisión parlamentaria.

Hay diversos factores internos que hacen que el papel que desempeña Jamenei en el proceso necesario para llegar a un consenso sea más importante de lo que lo ha sido nunca: 1) una inmensa red de comisarios situados en puestos estratégicos del entramado burocrático gubernamental y dedicados a hacer que se respete su autoridad; 2) el rápido aumento de la influencia política y económica de la Guardia Revolucionaria, cuyos líderes principales son designados directamente por Jamenei; 3) la desilusión y la falta de compromiso político de la población joven de Irán, propiciadas por las expectativas no cumplidas de la época reformista; 4) la elección en 2005 del presidente Mahmud Ahmadineyad, perteneciente a la línea dura, que derrotó en la segunda vuelta al principal rival de Jamenei, Hashemi Rafsanyani; 5) el Parlamento de mayoría conservadora dirigido por Ali Lariyani, partidario de Jamenei. En resumen, una serie de individuos que son designados directamente por el ayatolá y son completamente sumisos dirigen las instituciones más influyentes de la bizantina estructura del poder iraní.

En el exterior, el aumento de la influencia regional de Irán ha otorgado a la República Islámica una autoridad considerable frente a EE UU y ha renovado la confianza de Jamenei y los partidarios de la línea dura de Irán. El



POLÍTICA EXTERIOR.

hecho de que Irán se haya visto prácticamente rodeado por las tropas estadounidenses, los esfuerzos de la administración Bush por promover la democracia y las repetidas amenazas de acciones militares se han combinado para crear un ambiente enormemente condicionado por la seguridad y han dado a los partidarios de la línea dura de Teherán más excusas para silenciar a los disidentes y limitar las libertades políticas y sociales.

Mientras que estas circunstancias pueden cambiar (la administración Obama probablemente dará a sus relaciones con Irán un enfoque más diplomático, el precio del petróleo puede bajar aún más, Irak podría mejorar y es posible que Ahmadineyad no sea reelegido presidente) en un futuro próximo Irán seguirá teniendo una influencia decisiva en varios intereses fundamentales para EE UU y Jamenei seguirá siendo la figura más esencial de Teherán.

### Sobre qué se debe hablar

*“Hay pocos países en el mundo con los que EE UU tenga menos motivos para pelear o más intereses compartidos que con Irán (...) No hay razones geopolíticas para la hostilidad entre Irán y EE UU (...) Irán está destinado a desempeñar una función vital –y en algunas circunstancias, decisiva– en el golfo Pérsico y en el mundo islámico. Un gobierno estadounidense prudente no necesita que se le explique lo importante que es*

*mejorar las relaciones con Irán*". (Henry Kissinger, *¿Necesitan los estadounidenses una política exterior? 2001*).

Los académicos iraníes suelen discutir hasta qué punto está la política exterior del país condicionada por los intereses nacionales en lugar de por la ideología revolucionaria. Los ejemplos de ambas cosas son abundantes: invocar la solidaridad islámica para apoyar la causa palestina es consecuente con la ideología revolucionaria de Irán; ignorar la solidaridad islámica en Chechenia por miedo a contrariar a Rusia es consecuente con los intereses nacionales iraníes.

Otra interpretación de la política exterior iraní es que es un subproducto de las relaciones entre EE UU e Irán. Según esta línea de pensamiento, no es que Irán se oponga inherentemente a EE UU, sino que está condicionado por un sentimiento de inseguridad frente a él. De ahí que, cuando las relaciones entre EE UU e Irán son más conflictivas (como ha sucedido durante estos últimos años), Teherán procura complicarle la vida a Washington como forma de protegerse a sí mismo. Esto puede explicar la amistad de Irán con la Venezuela de Hugo Chávez.

La nueva administración estadounidense debería dedicarse a comprobar si un acercamiento diplomático y conciliador podría llevar a Teherán a suavizar o quizá incluso abandonar los aspectos revolucionarios y antiamericanos de su política exterior, en favor de una relación más cooperativa con Washington. Un análisis de los asuntos que más preocupan en lo que respecta a las relaciones entre ambos países –Irak, Afganistán, la proliferación nuclear, el terrorismo, la seguridad energética y la paz árabe-israelí– refuerza el argumento de Kissinger de que Washington y Teherán tienen mucho en común.

**Irak.** Aunque está claro que los intereses estadounidenses e iraníes en Irak no son idénticos, se puede argumentar fácilmente que Washington tiene en Irak más intereses comunes con Teherán que con cualquiera de los demás vecinos de Irak.

*Estabilidad.* La inestabilidad y las matanzas proporcionan un caldo de cultivo aún más rico para los grupos salafistas como Al Qaeda, que se oponen de forma violenta a la influencia estadounidense, iraní y chií, y también originan un flujo de refugiados iraquíes hacia Irán.

*Integridad territorial.* Las consecuencias de un Irak dividido (concretamente, un Kurdistán iraquí independiente) son graves para Irán, que tiene a su propia comunidad kurda descontenta. Al mismo tiempo, tanto Washington como Teherán pueden vivir con cierto grado de autonomía kurda, lo cual hace que Turquía se sienta muy molesta.

*Armonía sectaria.* Dado su empeño en estar a la vanguardia de un Oriente Próximo en gran medida árabe-suní, lo último que quiere Irán es que el poder chií o el resentimiento suní se extiendan por la región.

*Democracia.* Ante la mayoría demográfica chií, Irán confía en que las elecciones sean su mejor baza para imponer sus intereses. Temerosos del

dominio chií en Bagdad, los aliados de EE UU, como Arabia Saudí, Jordania y Kuwait, están mucho más preocupados por un Irak democrático.

A pesar de estos intereses comunes, el papel de Irán en Irak ha sido esquizofrénico en el mejor de los casos e inicuo en el peor. Tanto el personal militar estadounidense como los representantes iraquíes han descrito a Irán como una fuente principal de inestabilidad.

Desde el punto de vista de Teherán, y dado que uno de los argumentos para la guerra en Irak era cambiar la política en Oriente Próximo, no tenía mucho sentido que Irán desempeñase un papel cooperativo o pasivo en Irak. Por el contrario, al creer que EE UU tenía el propósito de instalar en Bagdad un régimen títere que simpatizase con Israel y fuese hostil a Irán, Teherán tenía un aliciente para tratar de complicarle las cosas a EE UU y asegurarse de que sus amigos ascendían a puestos influyentes.

**Afganistán.** También en cuanto a Afganistán, Washington tiene más intereses comunes con Teherán que con sus aliados Pakistán y Arabia Saudí.

*Estabilidad y reconstrucción económica.* Tras haber recibido más de dos millones de refugiados afganos, Teherán no espera nada bueno de los continuos conflictos en Afganistán y ha intentado tener un papel destacado en la reconstrucción del país, encontrándose entre sus 10 principales donantes.

*Lucha antidroga.* Con uno de los mayores índices de drogadicción del mundo y un estricto Código Penal que prohíbe el consumo de drogas, Irán ha estado muy alerta en cuanto al control del narcotráfico.

*Apoyo al gobierno de Karzai.* Aunque no ha dejado de apoyar a otros aliados en Afganistán, Irán ha respaldado al gobierno de Hamid Karzai y le ha hecho numerosas promesas de seguridad y cooperación económica.

*Oposición a los talibanes.* En 1998, Irán casi le declaró la guerra al régimen talibán, antichí por naturaleza, y apoyó a la Alianza del Norte de la oposición mucho antes del 11-S.

Sin embargo, como en Irak, en un esfuerzo por complicarle la existencia a EE UU, el comportamiento de Teherán ha sido a veces esquizofrénico y ha ido en contra de sus propios intereses nacionales. Algunos programas de la radio estatal iraní emitidos en Afganistán se han referido a Karzai como “siervo de EE UU”, pero muchísimo más graves son las acusaciones de que Irán ha facilitado ayuda a sus viejos enemigos acérrimos, los talibanes.

**Proliferación nuclear.** El origen de las ambiciones nucleares de Irán sigue siendo nebuloso. ¿Están los dirigentes religiosos del país empeñados

---

*Irán y EE UU  
comparten un  
objetivo: evitar  
una carrera  
nuclear en  
Oriente Próximo*

en convertirse en una potencia nuclear con el objetivo de dominar Oriente Próximo y amenazar a Israel? ¿Es Irán un país incomprendido y vulnerable, movido por la necesidad de protegerse a sí mismo de sus inestables vecinos y de un gobierno estadounidense hostil? ¿O está avanzando en su programa nuclear simplemente para reforzar su autoridad ante EE UU?

Aunque la percepción de la amenaza, la geopolítica y el orgullo nacional son aspectos importantes de las ambiciones nucleares de Irán, el asunto nuclear es más un síntoma de la profunda desconfianza que hay entre Washington y Teherán que la causa subyacente de la tensión existente. EE UU no confía en que las intenciones de Irán sean pacíficas y cree que, en vista de las imprudencias nucleares de Teherán en el pasado, su hostilidad hacia Israel y su apoyo a los grupos extremistas, no debe permitírsele el enriquecimiento de uranio (el proceso necesario tanto para el programa de energía nuclear civil como para la carrera armamentística). Igualmente, Irán está convencido de que Washington se opone a sus avances tecnológicos y de que está utilizando la cuestión nuclear como pretexto para presionarle.

En última instancia, la cuestión nuclear nunca se resolverá sin un acercamiento diplomático mayor entre ambas partes, en el que EE UU modifique su actitud ante Irán y Teherán modifique su actitud ante Israel. Y si hay un objetivo común que ambos países comparten, es el de evitar una carrera armamentística nuclear en Oriente Próximo.

**Conflicto árabe-israelí.** El principal impedimento para que mejoren las relaciones entre EE UU e Irán es la postura de Teherán respecto a Israel. Mientras que en lo referente a la perspectiva de una normalización de sus relaciones con Washington, los dirigentes iraníes han dejado a veces algún margen para la ambigüedad, el rechazo público de Teherán hacia el Estado judío siempre ha sido sonoro e inequívoco.

La política de Irán consiste en un planteamiento de doble vertiente: una resistencia armada como preludeo a un “referéndum popular”. Con el argumento de que “como resultado de las negociaciones, los sionistas no se han retirado ni un solo metro cuadrado de los territorios ocupados”, Teherán apoya abiertamente a los grupos violentos como Hamás y la Yihad Islámica. Pero, más que buscar la destrucción física de Israel, la solución propuesta por Irán es un escenario en el que todos los habitantes de Israel y los territorios ocupados –judíos, musulmanes y cristianos– tuviesen derecho a votar para decidir sobre el futuro del país. Dado que los palestinos (incluidos los que se encuentran en campos de refugiados) representan ahora la mayoría demográfica, Irán cree que un referéndum popular llevaría a la disolución política del Estado de Israel.

Sin embargo, tras la postura aparentemente inflexible de Teherán, hay una advertencia importante: los dirigentes de Irán siempre han dejado claro que aceptarán cualquier solución territorial acordada por los propios palestinos.

**Seguridad energética.** Puesto que posee las segundas reservas de petróleo y gas natural más grandes del mundo, la importancia de Irán en el mercado energético mundial es más que evidente. Sin embargo, diversos factores –la mala gestión, las sanciones y la tensión política– han convertido a Irán en un productor que está permanentemente por debajo de sus posibilidades. Su producción de petróleo (en torno a 4,2 millones de barriles al día) es inferior a los seis millones de barriles que producía antes de la revolución y, aunque posee el 15 por cien de las reservas mundiales de gas natural, sólo representa el dos por cien de la producción total.

A pesar de las implicaciones políticas, las ventajas de una relación entre EE UU e Irán en asuntos energéticos son numerosas. Para empezar, la cooperación energética entre ambos países reduciría la prima de riesgo político que actualmente se añade al precio del petróleo; un aumento del suministro de petróleo iraní al mercado probablemente reduciría los precios; y el aprovechamiento de las reservas de gas y los gasoductos nacionales iraníes debilitaría el enorme poder que Rusia tiene actualmente sobre Europa.

También para Irán existen imperativos económicos para cooperar con EE UU. Dada la combinación de gasolina enormemente subvencionada, aumento del consumo interior y una producción estancada o en disminución debido al deterioro de las infraestructuras, se prevé una caída en las exportaciones de petróleo de Irán. Si la tendencia se mantiene (aumento del consumo y disminución de la producción), es posible que Irán vaya camino de convertirse, en cifras netas, en importador de petróleo.

Una situación así obligaría a tomar decisiones muy dolorosas. El régimen tendría que suprimir las subvenciones de la gasolina (una medida difícil para un presidente que gobierna gracias a un programa populista) o bien los dirigentes tendrían que modificar sus políticas a fin de atraer las inversiones extranjeras en vez de repelerlas. Lo más probable es que se necesite una combinación de ambas cosas.

**Terrorismo.** Hace ya más de una década que Irán encabeza la lista del departamento de Estado de “países defensores del terrorismo”, debido principalmente a su apoyo a Hezbolá en Líbano y a Hamás y la Yihad Islámica en los territorios palestinos. A falta de un acuerdo palestino-israelí o de un acercamiento diplomático entre EE UU e Irán, es probable que esto continúe. Sin embargo, al mismo tiempo, Irán y EE UU comparten un enemigo común: la esencialmente anti-chuí Al Qaeda.

## **Cómo hablar**

Para garantizar las mayores probabilidades de éxito hay siete recomendaciones útiles que la próxima administración de EE UU debería tener en cuenta cuando trate con Irán:

1. *Crear confianza en asuntos de interés común.* En el pasado, el único asunto en el que hay un profundo desacuerdo y aparentemente ninguna posibilidad de acercamiento (el conflicto palestino-israelí) ha dominado el contexto de las relaciones entre EE UU e Irán y ha dado lugar a una sensación subyacente de desconfianza y rencor entre ambas partes.

Dado que el principal origen de la tensión entre Washington y Teherán es la desconfianza mutua, será más fácil crear confianza en asuntos en que haya intereses comunes, como Irak y Afganistán, que en otros con pocos o ningún punto en común, como el conflicto palestino-israelí o la cuestión nuclear. La próxima administración debería intentar retomar las conversaciones entre EE UU e Irán que Bush inició en Bagdad, mientras abre una vía similar para las conversaciones con Kabul. Lo ideal sería que estas conversaciones pudiesen ampliarse gradual y tranquilamente hasta entrar en el terreno más amplio de los asuntos en que hay desacuerdo.

2. *Empezar con cautela.* Es importante elegir el momento adecuado. No es aconsejable que Obama adopte inmediatamente una postura de compromiso general que pueda aumentar las posibilidades de reelección de Ahmadineyad en las elecciones presidenciales que se celebrarán en Irán el próximo junio.

Si hay algo que la presidencia de Ahmadineyad ha demostrado es que en Irán la figura del presidente tiene poder, influencia y responsabilidad reales. Desde que, en agosto de 2005, comenzase su mandato, ha utilizado esa influencia para intensificar prácticas inaceptables de la política exterior iraní a la vez que, dentro del país, ha restringido las libertades políticas y sociales y ha mostrado una indiferencia absoluta por los derechos humanos. Aunque la reelección de Ahmadineyad no excluiría por completo la posibilidad de un avance diplomático en las relaciones entre EE UU e Irán, su mera presencia podría suponer un obstáculo insuperable para la creación de un ambiente de confianza con Teherán.

Para hablar con claridad, incluso sin una propuesta importante por parte de EE UU, existe una probabilidad considerable de que Ahmadineyad pueda ser reelegido. En primer lugar, la combinación de inercia política y reconocimiento del nombre ha ayudado a quienes estaban en el poder a ganar las tres últimas elecciones presidenciales iraníes. Pero más importante aún es que las elecciones en Irán no son libres y abiertas, y esta "(s)elección" en concreto se verá poderosamente condicionada por los deseos del líder supremo, que en general ha apoyado a Ahmadineyad.

A pesar de todo, del mismo modo que su elección en 2005 sorprendió hasta a los observadores más experimentados, no hay duda de que su derrota en 2009 es una posibilidad. Dada su considerable mala gestión de la economía, será difícil que Ahmadineyad pueda utilizar el mismo programa de justicia económica y populismo que le sirvió para ser elegido en 2005. Un cambio de postura significativo por parte de EE UU antes de que se cele-

bren las elecciones podría legitimar el estilo de gestión de Ahmadineyad y aumentar su popularidad, tanto ante la opinión pública como ante la élite política, especialmente Jamenei. Por esta razón, es mejor empezar con un compromiso prudente y limitado, hasta que la situación interna de Irán esté más clara.

3. *Negociar con quienes tienen el poder.* Para que el compromiso tenga éxito, se necesitará una vía directa de comunicación con la oficina del líder supremo (como el ex ministro de Asuntos Exteriores Ali Akbar Velayati, uno de los asesores principales sobre política exterior) o quizá, en última instancia, con el propio líder.

Jamenei debe estar convencido de que EE UU está dispuesto a reconocer y respetar la legitimidad de la República Islámica, y debe abandonar su convencimiento de que la política estadounidense pretende provocar un cambio de régimen y no negociar un cambio de comportamiento. Es más, Jamenei nunca aceptará un acuerdo por el que Irán deba dar marcha atrás o admitir su derrota, ni se le puede obligar a comprometerse empleando únicamente la presión. Además de querer guardar las apariencias, está profundamente convencido de que comprometerse obligado por la presión es contraproducente, ya que da una imagen de debilidad y genera más presión.

4. *Hablar suavemente.* La próxima administración de EE UU debería hacer caso de la sabiduría del ex presidente Theodore Roosevelt. Mientras que, en el contexto de la política interior estadounidense, las amenazas violentas contra Irán se han convertido en una forma de parecer firme en cuanto a la seguridad nacional (tanto para los demócratas como para los republicanos), durante los últimos cinco años esa retórica ha reforzado el poder de la línea dura de Teherán y ha engrandecido la reputación de Irán en las calles de El Cairo, Amman e incluso Yakarta como la única nación musulmana valiente y antiimperialista que dice claramente lo que piensa. Más aún, cuando los precios del petróleo se disparan cada vez que Washington amenaza a Teherán, el programa nuclear de Irán y su apoyo económico a Hezbolá y Hamás se vuelven menos costosos para el país.

Con sus diatribas semanales de “muerte a EE UU”, el gobierno iraní se convierte claramente en cómplice de la retórica belicista al enzarzarse en ella. EE UU no tiene que seguir el ejemplo de un régimen inseguro, represivo y antidemocrático. En lugar de responder entrando en una dinámica de amenazas e insultos, la administración de Obama debería dar la imagen de dignidad y aplomo propia de una superpotencia, y no permitir que el régimen iraní defina el tono del discurso público. Un enfoque retóricamente

---

*Con su  
beligerancia,  
Estados Unidos  
permite que Irán  
defina el tono del  
discurso público*

hostil por parte de EE UU permite que los dirigentes de Irán retraten ese país como a un agresor, tanto internacional como internamente, y se descarguen de responsabilidad por su aislamiento, en gran parte provocado por ellos mismos y su manchada reputación internacional.

5. *No permitir que los aguafiestas marquen la pauta.* Aunque poco numerosas, algunas camarillas poderosas (tanto dentro de Irán como entre sus aliados árabes) tienen intereses económicos y políticos consolidados para evitar la reconciliación entre EE UU e Irán. Internamente, estos grupos reconocen que la mejora de las relaciones iraníes con Washington probablemente induciría una competencia y unas reformas políticas y económicas que minarían los monopolios casi absolutos de los que disfrutaban en su aislamiento.

Para los aliados árabes de Irán como Hezbolá y Hamás, la perspectiva de un acercamiento entre EE UU e Irán podría significar quedarse sin su principal fuente de financiación. Por este motivo, en el caso de que se iniciase un diálogo serio, los aguafiestas probablemente tratarían de torpedear los esfuerzos por crear un clima de confianza. Sus tácticas son variadas. Pueden utilizar una retórica beligerante dirigida hacia los soldados y los intereses de EE UU en Irak o Afganistán, o hacer que, de pronto, se “descubra” un envío de armas procedente de Irán cuyo destino sea el sur de Líbano o Gaza. Su intención es dejar huellas que puedan sabotear cualquier posibilidad de un avance diplomático.

Si Washington abandona el diálogo o deja de crear un clima de confianza con Teherán en represalia por un acto atroz cometido por los aguafiestas, éstos habrán logrado su objetivo.

6. *Mantener un enfoque internacional.* Más que cualquier otro acto, EE UU tiene la posibilidad de influir en el comportamiento iraní, tanto para bien como para mal. Sin embargo, es esencial que, dentro de lo posible, Washington procure mantener un enfoque internacional común con respecto a Irán, especialmente en lo relativo a la cuestión nuclear. Teherán es todo un experto en identificar y aprovechar las grietas existentes en la comunidad internacional, y los esfuerzos diplomáticos por controlar las ambiciones nucleares de Irán serán inútiles si hay países clave que se aproximan a Irán a través de líneas directas opuestas.

Un planteamiento común por parte de EE UU y la Unión Europea es imprescindible. Dados sus intereses nacionales divergentes, puede que no sea posible que China y Rusia se unan a EE UU, aunque está claro que Moscú tiene interés en evitar la posibilidad de un Irán con armas nucleares y al alcance de los misiles. Una iniciativa más seria por parte de Washington en favor de un diálogo directo con Teherán mitigará la desconfianza internacional respecto a las intenciones de EE UU y enviará una señal a la UE, Moscú y Pekín de que los propósitos para llegar a una solución diplomática para esta disputa son firmes, lo que probablemente reforzará la salud de la coalición.

7. *Ser discreto.* En lo referente a las relaciones recíprocas entre EE UU e Irán, las pruebas empíricas han demostrado que las conversaciones secretas, fuera del alcance del oído público, tienen más probabilidades de éxito. Crear un clima de confianza en un contexto público es complicado, puesto que es probable que los políticos de ambas partes se sientan en la necesidad de emplear una retórica dura a fin de mantener las apariencias. Más aún, la probabilidad de que los aguafiestas puedan torpedear el proceso, ya sea mediante una retórica maliciosa o mediante sus acciones, es más limitada si no están enterados.

Si admitimos que su influencia regional se basa en gran parte en su actitud desafiante frente a EE UU, Irán preferirá no anunciar públicamente sus conversaciones con los estadounidenses.

### ¿Qué es lo realista?

Aproximadamente en el mismo momento en que Obama tome posesión en enero de 2009, la revolución iraní celebrará su 30º aniversario. A lo largo de estas tres últimas décadas, la relación entre EE UU e Irán se ha quedado atascada en infinidad de asuntos por culpa de una desconfianza y un rencor profundamente arraigados. Teniendo esto en cuenta, los resultados no serán instantáneos; un antagonismo así no puede desaparecer en una, dos, ni seis reuniones. Es probable que el ritmo inicial sea dolorosamente lento, mientras cada parte determina si la otra tiene de verdad buenas intenciones.

A nivel estructural, las ambiciones de diversas facciones e instituciones iraníes en competencia pueden hacer que el régimen sea incapaz de llegar a un acuerdo interno que rompa con el pasado. Debido a este enfrentamiento entre facciones, la República Islámica ha tendido históricamente a tomar las decisiones difíciles sólo bajo presión; actualmente, embriagados por su estatus recién adquirido, puede que los iraníes partidarios de la línea dura no se sientan obligados a adquirir ningún compromiso. A pesar de los mejores esfuerzos de Washington, es posible que prevalezca la inercia de las políticas y los eslóganes fuertemente arraigados.

Los partidarios de la línea dura de Irán (y puede que incluso Jamenei) podrían percibir también la reconciliación con Washington como una amenaza para sus intereses e incluso su supervivencia, dados los imprevisibles cambios internos que podría catalizar. Los escritos y discursos de Jamenei indican que está de acuerdo con los partidarios occidentales que argumentan que la apertura de Irán a EE UU espolearía una importante reforma cultural, política y económica. ¿Qué fundamento ideológico le quedaría a la República Islámica si abandonase su oposición a EE UU e Israel, dos de los tres pilares ideológicos de la revolución que aún permanecen en pie (el tercero es el *hiyab* obligatorio para las mujeres)?

Al mismo tiempo, un rechazo rotundo a una apertura a EE UU podría costarle caro a los líderes de Irán. De puertas para adentro, una parte considerable de la élite política y militar del país admite que la cultura de “muerte a EE UU” de 1979 ya no es constructiva hoy en día. Saben que, a pesar de sus enormes recursos naturales y humanos, Irán nunca podrá hacer realidad todas sus posibilidades mientras su relación con EE UU siga siendo de rivalidad. En estos momentos, muchos de ellos creen que es EE UU, no Irán, quien se opone a la perspectiva de mejorar las relaciones. Si llega a hacerse evidente que el principal impedimento lo constituye una pequeña camarilla de partidarios de la línea dura de Teherán, se creará una oposición interna y podrían producirse divisiones grandes e impredecibles.

El pueblo iraní también podría aumentar la presión. Dos tercios de los iraníes tienen menos de 33 años y pocos sienten una enemistad inherente hacia EE UU o una especial afinidad por la Revolución Islámica. Esta moderación política se une a un descontento económico generalizado; Irán es quizá el único país productor de petróleo importante cuya población se queja de un empeoramiento de su situación económica a pesar de la fuerte subida del precio del petróleo del último año. Aunque, aparentemente, la opinión pública iraní responsabiliza a la administración Bush del antagonismo entre EE UU e Irán, si llegase a hacerse evidente que su gobierno es el verdadero obstáculo, esto podría encender un renovado activismo político.

En última instancia, si elige el momento adecuado, Washington tiene mucho que ganar y poco que perder si cambia su política de las tres últimas décadas y empieza a esforzarse por establecer una relación de colaboración con la República Islámica. El proceso será lento, difícil e irritante, y requerirá un compromiso profundo y enormes dosis de paciencia. También implicará un gran esfuerzo para ofrecer explicaciones dentro del país y mantener el apoyo público ante las dificultades de Irán para comprometerse a adoptar un nuevo planteamiento. Pero, a pesar de todo, es necesario intentarlo. No hay ninguna alternativa realista que valga ante las necesidades de la seguridad nacional de EE UU. Una buena estrategia podría dar pie a un cambio en el comportamiento iraní en política exterior, pero incluso un intento que fracasase podría tener importantes consecuencias internas en Teherán.